

Roto

Marga Varea©

Tenía la vista puesta en su objetivo desde hacía más de diez minutos y empezaba a impacientarse. Pasaba a ráfagas por las calles un otoño clemente y limpio. Era agradable estar allí aunque él no percibía ninguna de estas sensaciones y la inquietud agitaba su corazón con pequeños golpes rítmicos. Estaba solo en la parada del autobús 7 dirección a Harlem y a su alrededor, pasando por detrás y por delante, una algarabía de gente en busca de las compras de navidad. Un río humano arrastrando bolsas, gorros y sonrisas de todos los tamaños. El hombre miraba al fondo de la calle esperando que por fin llegara el momento de tumbarse en su cama mirando fijamente a ninguna parte vaciando su mente de los pensamientos que le desbordaban, escondido entre la manta y el almohadón. Era joven y guapo. La mandíbula semi cuadrada le otorgaba un aire sensual y tímido. El pelo casi rubio, los ojos color miel y dos gruesos anillos de plata adornando el dedo índice.

El conductor del autobús le vio a lo lejos, parado al borde mismo de la acera haciendo gestos con la mano desde su silla de ruedas negra. Le llevo un rato alcanzar la puerta trasera y conseguir bajar la plataforma que debía subir al hombre en el autobús. Mientras un gentil pasajero levantaba los tres asientos abatibles que ahora cederían su espacio a la silla de ruedas, el hombre susurró algo inaudible y suspiró. Bajo un torrente de miradas de curiosidad enganchó su rueda a la palanca; como siempre las miradas se tornaron en gestos de lástima, cansancio y extrañeza. El autobús se puso en marcha.

Frente al hombre había una chica que no le miraba. Tenía la rodilla sobre el asiento de al lado y la nariz pegada al cristal. Llevaba un bonito vestido de verano, sandalias de cuero y las uñas de los pies pintadas de un rojo oscuro. En la primera curva ella se volvió y se miraron. No fue nada importante, aunque magnético. Parecido tal vez a lo que siente un pez cuando queda

atrapado en el anzuelo. Ella giró la cabeza instantáneamente hacia su refugio en el paisaje urbano y el hombre desvió la vista hacia el pasillo del autobús pero ambos se continuaron observando con relativo descaro por el rabillo del ojo. Diez calles más arriba, pasada la 94, el hombre y la chica habían entablado una curiosa conversación gestual en la que destacaban los parpadeos, las medias sonrisas, los entrecejos fruncidos una milésima de segundo o los mordiscos en el labio inferior. Todo ellos aderezado con una cierta intranquilidad interior que venía a incrementarse con cada nuevo gesto. Llegada su parada el hombre presionó el timbre y el conductor repitió la operación de la plataforma hasta que la silla estuvo en la acera, y entonces mientras él hacía ademán de alejarse, la chica le dedicó una serie de hermosas miradas de admiración y deseo.

Horas más tarde, tumbado en su cama con las manos sobre la almohada intentó descansar dejando que las imágenes fluyeran en su mente. La noche se le mezcló, como tantas otras veces, con chirridos de frenos, cristales rotos y gritos ahogados. Con pánico, con arrepentimiento, con dolor y con enormes lagunas de memoria que por más que trataba no lograba rellenar. Pero entre todos los horribles recuerdos de una oscura carretera se le cruzó una mirada en picado. Agarrado a esa mirada el hombre se quedó dormido y por primera vez en muchos, muchos meses tuvo un bonito sueño en el que una chica, un autobús y un breve trayecto a casa le robaban el corazón y le devolvían la vida a plena luz del día, en pleno Manhattan.